



uno la porcion que lehabrá sido destinada; hay muchas moradas en la casa de mi Padre. Jesús nuestro precursor, ha entrado para nosotros (1), y la entrada nos está abierta por su sangre. Démonos, pues, prisa á entrar en este eterno reposo (2); abreviemos, pues, no nos detengamos.

(1) Hebr., 9, 24.
(2) Ibid., 4, 11.

El camino que nos está abierto, dice San Agustín, no tolera gentes que retroceden, no permite gentes que se detienen; y si no se avanza siempre en tan pendiente sendero, sin hacer continuos esfuerzos, se vuelve á caer por su propio peso (1).»

(1) Bossuet, Elevations sur les mysteres, 9 sem., 10 elevat.

CAPÍTULO VI

Los jueces.—Conducta del pueblo de Israel en Palestina, imágen de la conducta de los cristianos.—Ojeada sobre la historia de los jueces.—Guerras parciales contra los cananeos.—Las tribus de Judá y de Simeon dan principio á estas guerras.—Toma y tratamiento de Adonibese.—Toma de Jerusalem.—Herencia de los cineos.—Sumision parcial de los filisteos.—Inaccion de la tribu de Benjamin.—Toma de Bethel por las tribus de Manassés y de Efraim.—La mujer del levita.—Guerra de Gabaa.—Matanza de los benjamitas.—Se dan mujeres á los que quedan.

Nos hemos ocupado hasta aquí de los patriarcas del género humano y del pueblo escogido. Adam, creado por Dios, comprendiendo en sí á todos los hombres, caído por la astucia de la serpiente, pero recibiendo para él y para toda su posteridad la promesa del Redentor; Abel, figura del Redentor prometido, pastor y sacerdote, muerto por su hermano, y como resucitado en Seth y en sus religiosos descendientes; Henoch, llamando hácia Dios á sus contemporáneos, prediciéndoles el futuro juicio, trasportado al fin, cómo testigo del mundo primitivo, para volver en los últimos tiempos á predicar la última penitencia y anunciar el último juicio á los últimos hombres; Noé, segundo padre del género humano, al que salva en su arca y por quien ofrece un sacrificio y obtiene las bendiciones y la alianza del cielo; Seth, ascendiente bendito de quien es bendito en todos los tiempos; Melchisedec, sacerdote del Altísimo, figura profética del sacerdote Eterno, verdadero rey de justicia y de paz; Abraham, vástago bendito de aquel en quien serán benditas todas las naciones de la tierra; Isaac, que le representa en su sacrificio; Jacob, que anuncia nacerá de Judá; José, que le representa en su abatimiento y en su gloria; Job, que le imita en sus sufrimientos; Moisés, en sus prodigios, en sus trabajos para establecer una nueva ley y formar un pueblo; Aaron, en su sacerdocio; Josué, ó Jesús, en un mismo nombre, y en que sólo él llevó á su pueblo á la tierra prometida.

Vamos ahora á ver á ese pueblo depositario de las promesas divinas; vamos á verle ahora

contemporáneo de todos los pueblos, de los egipcios, de los fenicios, de los asirios, de los medos, de los persas, de los griegos y de los romanos, como hoy lo es de los rusos, de los turcos, de los alemanes, de los franceses, de los españoles, etc., mezclándose con todos y no confundiendo con ninguno. En él hallaremos la cadena viva de la historia de la humanidad, á la que vendrán á enlazarse, como otros tantos eslabones, todas las historias particulares de los pueblos, para no formar más que un inmenso tejido, ó como un cuadro de jeroglíficos, en el cual cada uno podrá leer, con la historia de la humanidad, su propia historia particular. ¡Cuántas veces se admira el cristiano de que un pueblo que procedía de los patriarcas, y que habia sido libertado de la esclavitud por un continuo prodigio, alimentado con el maná del desierto, instruido en la ley por Moisés y conducido por Josué á la tierra de promision, fuera aún tan imperfecto y cayera con tanta frecuencia en las mismas faltas! Y este cristiano que así se expresa, ¿no ve que esta es su propia historia? Nacido de Dios por el bautismo, libertado de la esclavitud del infierno, alimentado con el verdadero maná del cielo, iluminado con las luces del Evangelio, llevado por el verdadero Jesús á la verdadera tierra prometida, y colmado de más favores que el antiguo pueblo, se ve sin embargo tan imperfecto como este, y sucumbe tambien en las mismas imperfecciones.

De esta suerte el pueblo de Israel terminó la terrible peregrinacion del desierto y venció



á las naciones cananeas. Sin embargo, la obra no estaba acabada; aquellas naciones abatidas, pero no destruidas, podían todavía rehacerse y vencer á los vencedores. La seducción podía suplir á la fuerza. Dios lo permite para probar á su pueblo y preservarle de la apatía y tenerle siempre alerta.

Los hijos de Jacob vivían bajo el gobierno más glorioso y más tranquilo. Su único guía y rey era el Dios del cielo y tierra. Él les había dado todas sus leyes, interpretándolas para sus necesidades por su pontífice. En su nombre los magistrados naturales, padres de familia, ancianos de las ciudades y los príncipes de las tribus, las ponían en práctica. Delante de Él la nación entera se reunía tres veces por año para complacerse en el recuerdo de sus beneficios. ¿Su ley santa era observada? La nación, desde entonces invencible, vivía tranquila y dichosa en medio de todos sus enemigos; todos descansaban tranquilos bajo su higuera y su viña. ¿Su ley era violada? La nación sufría el castigo; no faltaba algún pueblo cercano que la molestara con sus incursiones hostiles, y aun solía hacerla tributaria. ¿La nación reconocía su falta? ¿Daba á su rey y á su Dios la gloria que le era debida? Al punto la enviaba un salvador para libertarla. En su divino gobierno, todo dependía de la virtud y de la piedad: la prosperidad y la paz eran las recompensas; las calamidades y la guerra y una corrección paternal, servían para atraer á los culpables. Por lo demás, ninguno dominaba sobre los demás; los personajes extraordinarios, conocidos con el nombre de *jueces*, después de haber libertado al pueblo, y haciéndole justicia, vivían como antes en la herencia de sus antepasados, sin gravar nunca al pueblo con tributos, ni sacando soldados con que revestir de esplendor su poder. Sus descendientes se confundían con el resto de la nación.

Tal era el gobierno que Dios había dado á la nación escogida y que Él hubiera deseado conservara para siempre. En verdad que no se concibe en este gobierno más libertad, más igualdad y al mismo tiempo más dignidad, pero verdadera dignidad.

Este gobierno estuvo en pleno ejercicio á la

muerte de Josué. La nación, representada por los jefes de las tribus y jefes de familia, reunióse cerca del tabernáculo del Eterno, en Silo. Tratábase de concluir la conquista del país y de expulsar por completo los restos que aún quedaban de cananeos y de idólatras. En la parte meridional existían todavía las cinco satrapías ó pequeños estados de los filisteos, que no eran en verdad de la raza de Canaan; pero que establecidos sobre las ruinas de una parte del territorio de los heveos, les habían sucedido en la idolatría y en el anatema. En el Norte, hacía las montañas del Libano y nacimiento del Jordán y alturas de Hermon, hasta la entrada de Emath, habitaban gran número de cananeos, de sidonios y de heveos, que Josué no había atacado, y que ocultos en sus montañas, se creían invencibles por los hijos de Israel. En las tribus de Judá, de Efraim, de Manassés, de Simeon, de Aser, de Neftalí, de Benjamín y de Dan, conservaban los idólatras muchas plazas; su impiedad era de peligroso ejemplo.

No deliberaron si convendría exterminar el resto de las naciones proscritas; recordaban muy bien la orden formal que Dios había dado, al mismo tiempo que la prohibición de concluir con ellos sin paz ni tregua. Pero Dios había anunciado también que no destruiría aquellas naciones sino poco á poco y á medida que los israelitas se fueran multiplicando, á fin de que la tierra no quedase desierta por falta de habitantes, y para dar tiempo á los israelitas á que se fueran instruyendo en el arte de la guerra, y para probar su fidelidad. Determinaron no emprender una guerra general para exterminar á la vez á todos los enemigos, sino que cada tribu, una después de otra, fuera purgando su territorio.

¿Pero qué tribu había de dar principio á esta guerra? Preguntaron al Eterno, por mediación del gran sacerdote Phineés, en estos términos (1): «¿Quién de nosotros marchará primero contra los cananeos y les declarará la guerra?» El Eterno respondió: «Judá será el primero. Yo he puesto la tierra á su disposición.» Judá dijo á Simeon, hermano suyo de padre y

(1) Josefo, *Ant.*, lib. V, c. I.



madre: «Sube conmigo á la tierra de mi pertenencia, y combatamos juntos contra el cananeo; yo iré después contigo á la tierra de tu pertenencia.»

La herencia de Simeon está, por otra parte, como enclavada en la de Judá. Simeon fué, pues, con él. Atacaron á los cananeos y á los ferezeos, que se habían coaligado contra ellos en Bezec, y dieron muerte á diez mil. Adonibezec, es decir, el señor ó rey de Bezec, se declaró en precipitada fuga; fué, sin embargo, alcanzado, y los vencedores le cortaron los pulgares de las manos y de los pies. Adonibezec dijo entonces: «Setenta reyes, á quienes de antemano se les había cortado los pulgares de los pies y de las manos, comían en mi mesa los restos de lo que se me servía. Según yo he obrado, así Dios me ha castigado y hecho conmigo.» Se ve por diversos textos que él tenía conocimiento del verdadero Dios.

El número de los setenta reyes nos admira. Pero es necesario tener en cuenta que entonces cada ciudad, por pequeña que fuera, tenía su rey, es decir, su soberano independiente de las demás. Así sucedía todavía cinco ó seis siglos más tarde con el estado de la antigua Grecia y del Asia Menor, como se ve por los poemas de Homero. La mutilación de los pulgares todavía se usa en otras partes. Los ancianos los cortaban á sus enemigos para hacerlos incapaces de manejar las armas. Los atenienses trataban de la misma manera á todos los habitantes de la isla de Egina que caían en su poder (1). Antiguos autores nos enseñan que había en Italia hombres tan viles y cobardes que se cortaban ellos mismos los pulgares para librarse del servicio de las armas (2). La Santa Escritura no menciona más que una vez esta mutilación. Los israelitas la ejecutaron en Adonibezec, sin duda porque ya era él conocido por haberlas practicado muchas veces á otros.

De Bezec marcharon los hijos de Judá sobre Jerusalem, donde murió el rey prisionero: ata-

(1) Elien., 1, 3, c. IX. Cic., *De Offic.* 1, 3, c. XI.

(2) Valer., *Max.*, 1, 6, c. III. Amm. Merce., lib. 15 á 12. Algunos sábios creen que de aquí viene la palabra *polltron* (cobarde), diminutivo de *pollice truncatus*.

caron á la ciudad, la tomaron y pasaron á cuchillo á sus defensores, haciéndola, por último, pasto de las llamas. Bajando de allí, combatieron á los cananeos, que habitaban las montañas hacía el Mediodía y las llanuras (1). En una de estas expediciones, según parece, fué donde Caleb, compañero de Josué, hizo las famosas hazañas de que ya nos hemos ocupado.

Cumplióse en esta guerra la promesa que había sido hecha á los cineos, es decir, á los descendientes de Hobab, hijo de Jethró, suegro de Moisés. Ya hemos visto que el santo legislador había obligado á su cuñado á que le siguiera por el desierto y que se uniera al pueblo de Dios. Hobab lo había hecho así, y su posteridad se había multiplicado mucho entre los hebreos en el espacio de sesenta años.

Se le había prometido darle á elegir la comarca en que quisiera vivir, y además la mejor parte en los despojos. Los descendientes de Hobab se establecieron desde luego en las inmediaciones de Jericó, ó ciudad de las palmas, y allí se establecieron durante la vida de Josué; pero cuando vieron que los hijos de Judá y de Simeon declaraban la guerra á los cananeos de su posesión, se unieron al ejército con objeto de pedir una morada en la parte más meridional, llamada los desiertos de Judá (2).

Accediendo á sus deseos, se dirigieron hacía la extremidad de la tierra prometida, donde acabaron de derrotar á los cananeos que aún quedaban. Los cineos se establecieron al Mediodía de Arab, á la entrada del desierto, no lejos del pozo de Agar, y allí habitaron con los hijos de Judá y de Simeon.

En lo sucesivo, habiéndose multiplicado extraordinariamente, bajaron más al Mediodía hacía el desierto del Sur, y cerca de las tierras de los amalecitas, con quienes se confundieron, hasta que Dios, algunos siglos más tarde, ordenó la ruina total de aquella infiel nación. Veremos cómo Israel los sacó del peligro en reconocimiento de los favores que había recibido de ellos en otras ocasiones.

Quizá se nos pregunte: ¿y por qué los cineos

(1) Judic., 1, 19.

(2) Ibid., 1, 16.



abandonaron la deliciosa comarca de Jericó por los desiertos? Es probable que siendo una tribu pastoril ó nómada, la conviniesen los desiertos mejor que otro cualquier país, aunque fuera más fértil. También es probable que ya desde entonces se fueran inclinando á aquella especie de vida monástica que el profeta Jeremías ha alabado tanto en los Rechabitas sus descendientes (1). Sea de ello lo que quiera, el ejemplo de este pueblo hace ver cómo hubieran podido librarse las demás naciones proscritas de las calamidades con que fueron amenazadas desde Abraham. Pues en el número de los pueblos que Dios había prometido á aquel patriarca dar á su posteridad, se encuentran los cineos con los he-theos, los ferezeos, los amorreos y demás descendientes de Canaan (2). Pero ya porque se unieran al culto del verdadero Dios, ya porque ejercieran la misericordia con su pueblo, no solamente no son exterminados, sino que son asimilados á la posteridad del patriarca, y tienen para escoger lo que hay de más excelente en la tierra prometida. El mismo Dios les alabará y bendecirá por boca de su profeta, y les propondrá por modelo á los hijos de Abraham, de Isaac y de Jacob.

Después de haberse establecido los cineos en la extremidad meridional, las dos tribus volvieron á subir por el Occidente, adonde estaba el país de los filisteos. Gracias al concurso del Eterno, que estaba con ellos, Judá se apoderó en general de las montañas, y en particular de las célebres ciudades de Gaza, de Ascalon y de Accaron y sus confines; pero no pudo dominar á los habitantes de la llanura, defendidos como estaban con carros armados de hoces. Dios dispensaba el valor y la victoria de tal suerte, que no se hiciese todo de una vez, sino que su pueblo siempre tuviese que hacer y siempre que temer. Veremos á los filisteos servirle como de vara para castigar al pueblo que se hizo infiel.

En cuanto á la tribu de Benjamin, parece que no tuvo gran número de idólatras en su posesión, pues en ninguna parte se lee que hiciera ninguna expedición. Sólo se dice que no

(1) Jeremías, 35.

(2) Gén., 15, v. 419, 20 y 21.

expulsó totalmente á los Jebuseos de Jerusalem, lo que parece indicar que se limitaron á los que estaban en la ciudadela. De suerte, dice la Sagrada Escritura, que los Jebuseos vivieron en Jerusalem con los hijos de Benjamin, como lo hacen hoy (1). Estas últimas palabras demuestran bien claramente que el libro de los Jueces fué escrito antes que David lograra de los Jebuseos la parte alta de Jerusalem, la fortaleza de Sion, llamada desde entonces la ciudad de David.

La casa de José, ó las dos tribus de Efraim y de Manassés, marcharon contra Bethel, y el Eterno estuvo con ellos. Mientras que hacían el sitio, las vanguardias vieron á un hombre que salía de la ciudad, y habiéndole cogido, le dijeron: «Haz favor de enseñarnos la entrada de la ciudad, y tendremos compasión de tí.» Habiéndosela en efecto mostrado, penetraron en ella y pasaron á cuchillo á sus habitantes, reservando aquel hombre con toda su familia. Este marchó al país de Hettim, fuera de la tierra de Canaan, y allí edificó una ciudad, que dió el nombre de Luza, para así conservar el recuerdo de su patria (2), pues Luza era el antiguo nombre de Bethel. Este último, que significa casa de Dios, se le había dado Jacob en memoria de la aparición de Dios en aquel lugar. Bethel, ciudad fronteriza entre Efraim y Benjamin, pertenecía propiamente á esta última tribu; pero parece que hallándose á gusto en el resto de su suerte, la cedió á los hijos de José, que se habían quejado á Josué porque vivían en mucha estrechez á causa de su gran número. Tal vez no tuviera lugar esta conquista sino después de la terrible catástrofe que casi aniquiló completamente á la tribu de Benjamin.

Hubo un cierto levita que habitaba al lado del monte de Efraim, el cual se había casado con una mujer de Bethlehem de Judá. Esta le abandonó y se volvió á Bethlehem á la casa de su padre, y estuvo con él cuatro meses. Y su marido la fué á buscar, queriendo reconciliarse con ella, y tratarla con cariño y llevársela consigo, la mujer le acogió y le hizo entrar en la

(1) Judic., 1, 21.

(2) Ibid., 1, 22, 26.



casa de su padre. El suegro, cuando supo esto, y le vió, salióle á recibir gozoso. Y le abrazó. Y se detuvo el yerno tres días en casa del suegro, comiendo y bebiendo con él familiarmente. Mas al cuarto día, levantándose antes de amanecer, quiso partir. Al cual detuvo el suegro, y dijo á su yerno: «Toma antes un bocado de pan y conforta el estómago, y después te irás.» Sentáronse, pues, y comieron y bebieron juntos. Y dijo el padre de la joven á su yerno. «Ruégote que te quedes hoy aquí, para que los dos á una nos alegremos.» Mas él, levantándose, púsose en acción de querer irse. Y sin embargo, el suegro con sus instancias le detuvo y le hizo quedar consigo. Mas llegada la mañana, el levita disponía la partida. Al que el suegro de nuevo: «Ruégote, dijo, que tomes un bocado para que cobres fuerzas, hasta tanto que entre más el día, y después te irás.» Comieron, pues, juntos. Y el joven se levantó para irse con su mujer y con el criado. Mas el suegro le dijo de nuevo: «Considera que el día está muy entrado y que se acerca la tarde; quédate también hoy conmigo y pasa el día alegre, y mañana partirás para volver á tu casa.» No quiso el yerno condescender á sus palabras, sino que al punto se fué y llegó enfrente de Jebús, que por otro nombre se llama Jerusalem, llevando consigo dos asnos cargados y á su mujer. Y estaba ya cerca de Jebús, y el día dejaba lugar á la noche, y el criado dijo á su amo: «Ven, por tu vida, torzamos el camino á la ciudad de los Jebuseos, y quedémonos en ella.» Al que respondió el amo: «No entraré en una ciudad de gente extranjera, que no es de los hijos de Israel, sino que pasaré hasta Gabaa. Y luego que allí llegare nos quedaremos en ella, á lo ménos en la ciudad de Rama (1).»

Cuando á Jerusalem se la llama aquí ciudad extranjera, donde no había israelitas, es preciso entender que se habla de la alta ciudad tomada únicamente por David; ó bien pudo suceder esto antes que la tribu de Judá destruyera la ciudad baja. Pasaron, pues, de Jebús y continuaban el camino comenzado, y púsoseles el sol junto á Gabaa, que está en la tribu

(1) Judic., 19, 1, 13.

de Benjamin. Y torcieron hácia ella para que-darse allí. Y luego que entraron, sentáronse en la plaza de la ciudad, y no hubo siquiera uno que los quisiese hospedar. Cuando hé aquí que se dejó ver un hombre anciano que volvía del campo y de su labor al anochecer, el cual era también del monte de Efraim, y habitaba como forastero en Gabaa. Y los hombres de aquella región eran hijos de Jemini ó Benjamin. Y alzando los ojos vió el anciano á aquel hombre sentado en la plaza de la ciudad con sus carguillas, y díjole: «¿De dónde vienes y á dónde vas?» El cual le respondió: «Hemos partido de Bethlehem, de Judá, y vamos á nuestra casa, que está al lado del monte de Efraim, desde donde habíamos ido á Bethlehem, y ahora nos encaminamos á la casa de Dios, y ninguno nos quiere recoger en su casa, aunque tenemos heno para pienso de los asnos y el pan y vino que he menester yo y tu sierva y el criado que está conmigo; nada nos falta sino posada.» Al que respondió el anciano: «La paz sea contigo; te daré yo todo lo necesario, solamente te ruego que no te quedes en la plaza.» Y con esto llevóle á su casa, y díóle pienso para los asnos, y después que se lavaron los piés, sirvióles de cenar. Mientras estaban cenando, y con la comida y bebida daban algún recobro á sus cuerpos, fatigados del camino, llegaron unos hombres de aquella ciudad, hijos de Belia (esto es, sin yugo), y cercando la casa del anciano, comenzaron á dar golpes en la puerta, gritando al dueño de la casa y diciendo: «Sácanos acá ese hombre que entró en tu casa, para que abusemos de él.» Y salió á ellos el anciano y dijo: «No queráis, hermanos, cometer semejante maldad, por cuanto este hombre ha entrado á hospedarse en mi casa; desistid, pues, de semejante locura. Tengo una hija doncella y este hombre tiene su mujer, os las sacaré para que las abatais y sacéis vuestra pasión; solamente os ruego que no cometáis con un hombre esta maldad contraria á la naturaleza.» No querían ceder á sus razones, lo cual, visto por el levita, sacóles su mujer y la abandonó á sus ultrajes, y habiendo abusado de ella toda la noche, la dejaron cuando venía la mañana. Mas la mujer, retirándose ya las tinieblas, vino á la